AYER, HOY Y MAÑANA,

ó

LA FÉ, EL VAPOR Y LA ELECTRICIDAD.

CUADROS SOCIALES

DE 1800, 1850 Y 1899,

DIBUJADOS A LA PLUMA

POR D. ANTONIO FLORES.

TOMO III.

PARTE SEGUNDA.

1863.

IMPRENTA DEL ESTABLECIMIENTO DE MELLADO,
A CARGO DE DON JOAQUIN BERNAT.
Costanilla de Sta. Teresa, núm. 3.—Madrid.

PARTE SEGUNDA.

HOY,

Ó LA SOCIEDAD DEL VAPOR EN 1850.

Pero hasta entonces...... hasta entonces y mientras vds. no resuelvan cosa mas acertada, resuelvo yo dar aquí por terminado el presente cuadro, siquiera haya quien diga que no está completo.

¿Lo estará por ventura la desamortizacion? ¿Han acabado las *manos vivas* de rebuscar las migajas de pan entre las mostrencas? Pues cuando acaben, si alguna vez acaban, terminaremos este artículo.

CUADRO UNDÉCIMO.

El gran reloj del siglo XIX.

A cada paso de los que demos en esta segunda parte de la obra me voy á ver obligado á mortificar tu orgullo, querido lector. En viaje eres un bulto, en la fonda eres un número, en el hospital te llaman caso, y en todas partes y á todas horas te suman ó te restan como una cosa ó un objeto cualquiera. Satanás te ha engañado cuando te ha dicho que habia llegado el dia de tu emancipacion y de tu independencia. A medida que vas conquistando libertades, vas añadiendo eslabones á las cadenas de tu esclavitud. Eres muy rico, eres muy sábio, estás casi á punto de ser omnipotente, pero has perdido tu personalidad.

Fuisteis una unidad en la lista de los nacidos, y serás otra unidad en la de los muertos, pasando mientras tanto por varias clases y condiciones, sin que sirvas de otra cosa que de aumentar ó disminuir el guarismo total de cada una de ellas.

Al nacer un hombre mas; al morir un hombre menos; cuando enfermas un caso; cuando viajas un viajero; cuando te bañas un bañista. Si alguien te maltrata eres el número 4 ó el 5 de los heridos que hubo aquel dia; si vas á paseo, si compras algo, si trabajas, si vagas, si te prenden, si te escapas ó si te destierran, no eres tú el orgulloso don fulano de tal, el que pasea, ni el que compra, ni el que se escapa; tu nombre no hace al caso para nada, tu personalidad ha desaparecido; te hallas en la casilla de los paseantes, de los compradores, de los jornaleros, de los vagos, de los presos, de los desertores y de los desterrados, pero te hallas como una unidad mas, que se suma con las demás unidades, y punto concluido.

La estadística, el gran cuadrante nivelador de la sociedad presente, se ocupa á todas horas de tí, pero no se ocupa para nada de tu personalidad.

¡Qué le importa á ella de tu nombre ni del orgullo satánico de tu individuo!

Si eres sábio, no se olvida de tí al sumar los

sábios, si pagas mucha contribucion, aunque tú no te veas allí, estás en la casilla de los mayores contribuyentes. Así cuando oigas decir que en Madrid hay tantos ó cuantos (nunca muchos) que saben leer y escribir, si tú sabes lo uno y lo otro ten seguridad de que eres uno de ellos.

Si tienes una tierra, ó una casa, ó un árbol, ó un caballo, ó un perro dogo, en las casillas de los perros dogos, de los caballos, de los árboles, de las casas y de las tierras, estarán los tuyos. A esta moderna Inquisicion se le escapan menos cosas que á la antigua.

No le importa que te bautices ó dejes de bautizarte, ni que te cases ó permanezcas soltero, ni que seas militar ó paisano; de todos modos, para esta ó la otra casilla tu individualidad le dá un número y eso es lo que le hace falta.

La estadística vive de los números.

El siglo XIX es el siglo de los matemáticos.

Su primer trabajo ha sido triangularnos: esto es, partir en triángulos geodésicos la tierra en que vivimos; despues medir las hectáreas y las fanegas de cada triángulo, luego averiguar de quién son las tierras, operacion mas fácil de emprender que de llevar á cabo; y divididas y subdivididas las tierras, contadas y recontadas las hectáreas, sumadas las casas y los árboles y las plantas, hecho el recuento de los hombres y de los animales, divididas aquellas en cien clases y

estas en otras tantas, cada cien divisiones en cada una de las especies, y llevando todo á cada casilla respectiva, ha formado el gran relój del siglo.

Con ese relój en la mano, como no te ocurra dudar de la exactitud con que ha sido hecho, no puedes dudar de nada mas.

Es un relój mónstruo, un relój completo, un relój digno en todo y por todo del siglo XIX.

No señala la hora en que vives, pero marca las horas que has vivido, las que has empleado en comer y en dormir y en trabajar y en hacer el vago; las de los malos y los buenos pensamientos, y las de las malas palabras y las malas obras. No tiene música, pero tiene músicos y cantores; no es relój de sol, pero allí constan las horas á que sale y se pone en todas las estaciones del año y en todas las regiones del mundo; tampoco es de arena, pero marca el número de arenas que tiene el mar; no es de bolsillo, y sin embargo dice el dinero que hay en todas las bolsas de España; no es de oro, y cuenta todo el que hay acuñado: y por último, no es relój de pared ni de sobremesa; y sin embargo tiene un número para marcar las varas de pared maestra, y otro para hacer constar las mesas que hay en España.

Consúltanle con frecuencia toda clase de personas y cada una de ellas va en busca de una ci-

fra distinta. Para todos tiene un dato y todos le atrapan un número.

Ha despertado la curiosidad de muchas gentes, que sin la invencion del relój estadístico, jamás habrian pensado en averiguar cosa alguna, y acósanle á preguntas por todo y para todo. Afortunadamente, él no se cansa ni se rinde, porque como no usa palabras sino números, sale del paso con un guarismo.

Como el mono de Maese Pedro, el titiritero de la venta, de lo pasado sabe algo, de lo presente algun tanto y nada de lo porvenir. Pero aquí de los calculistas y de los matemáticos. En el siglo de los problemas, en que cada hombre es un enigma y cada cosa un misterio, seria imperdonable con los datos de un problema no averiguar el resultado. Para esto y para otras muchas cosas mas, sirven las matemáticas.

La estadística no puede decirnos cuanta gente se constipará el año próximo, pero sabe fijamente la que se ha constipado este año y los anteriores, y sin mas que prestarnos esos datos, hacemos con ellos un quinquenio y $a+b=x$, tenemos resuelta la cuestion.

Ejemplo al canto:

—¿En qué estará pensando la humanidad á estas horas? dice un filósofo, á las tres ó á las cuatro de la mañana, que para cierta clase de filosofías todas las horas son buenas.

Ni por lo intempestivo de la hora, ni por lo extraño de la pregunta, espera el filósofo que haya quien le conteste, y acude al relój del siglo. Coge los últimos *Anuarios estadísticos*, hace un quinquenio con los datos que arrojan las distintas casillas de los estados, y dice:

—99 por 100 durmiendo, 1 por 1.000,000 resolviendo problemas sociales, 1 por 10.000 trabajando para trastornar la sociedad.

Y así continúa averiguándolo todo, hasta encontrar su propia casilla; la de los que están pensando en saber lo que piensa el prójimo.

Por supuesto que averiguar por medio de la estadística y de las matemáticas, cuantos suicidios se estarán cometiendo á tal cual hora del dia, y cuales serán con arma blanca ó en el Mar Negro, y con una caja de fósforos, ó ahorcándose á obscuras, es facilísima. Eso se sabe al momento.

Tambien se sabe con toda exactitud, con la precision matemática del siglo, el número de niños rubios ó morenos que han de nacer en un dia dado; y cuantos serán varones ó hembras, y si habrá entre ellos algun lisiado, y en que parte del cuerpo será la lesion, y los que serán legítimos ó ilegítimos; y en suma, todo lo que se quiere averiguar se averigua.

En cuanto á los datos absolutos, los que no tienen relacion con una fecha dada, esos son in-

falibles. Esos los contesta el relój por sí propio con admirable precision.

Magistralmente y sin que permita que se le replique, asegura que los naturales de tal país son propensos á la demencia exaltada; y que los del otro lo son á la tranquila; ó que los de cierto pueblo son homicidas, mientras que los del inmediato son incapaces de hacer daño á un mosquito.

A todo eso responde, y para eso y para mucho mas sirve la estadística; pero el gobierno es el que saca de ella el verdadero provecho. Como que bien mirado, ese gran relój, es el relój de bolsillo del ministerio.

Si el ministro de Hacienda no lo tuviera en su faldriquera, no sabria el dinero que tienen en las suyas los españoles. Y no sabiendo lo que tienen no podria saber cuanto les ha de pedir. El relój no le dice lo que les ha de sacar, pero le dá cuenta de lo que el labrador saca de sus tierras, el industrial de sus fábricas, el propietario de sus fincas, el ganadero de sus rebaños y el comerciante de sus capitales, y esto le basta. Con menos tuvieron suficiente los recaudadores del diezmo para diezmar la propiedad antigua; con que ¡figúrate, lector, si con los trabajos estadísticos tendremos ahora de sobra para que no quede nada sobrante! Sabe el ministro que el relój no ha de descubrirle un nuevo mundo; pero tiene

seguridad de que los Colones que han salido á registrar colonos, habrán repetido el milagro de los panes y de los peces, y que la tierra se habrá ensanchado á su vista. Si en el libro de la estadística hay mas fanegas de tierra que fanegas de ochavos en las cajas del Tesoro, toma sus apuntes, apunta hácia la tierra de promision nuevamente descubierta, lanza sobre ella una nube de recaudadores, y al año siguiente ya no queda nada por recaudar.

Si ciertos pueblos que parecian inapetentes y que consumian pocas carnes y poco vino, han dejado de ser morigerados y resultan grandes consumidores, se les aumenta la contribucion de consumos y queda todo consumado y consumido.

De este modo, y consultando con frecuencia el relój, sabe el ministro si ha de aumentar las contribuciones directas ó las indirectas, llevando el producto de todas ellas directamente á las arcas del Tesoro público.

El ministro de la Guerra tambien le pregunta al relój cuantos mozos sorteables hay en cada provincia, y el relój le declara todos los que él conoce, indicándole los que el año anterior resultaron cortos de talla y exentos del servicio de las armas por imposibilidad física ú otras causas.

Para los ministros de Fomento, de Marina, de Gracia y Justicia, y de Gobernacion, el relój

es tambien un gran oficial de secretaría, pero es á la vez un remordimiento.

El primero sabe los árboles que tiene, y aunque son pocos, se alegra de tenerlos; pero sabe los que faltan, que son muchos mas, y este número le entristece. Tampoco le alegra saber el número de kilómetros que están por hacer en las principales carreteras y ferro-carriles, y el estado de los puertos, y el guarismo de los canales de riego, y el cero que ocupa la casilla de los rios navegables le desesperan.

El de Marina cree que ha hecho mucho, pero ve que es poco, muy poco, comparado con lo que le queda por hacer, y le entra el desaliento.

El de Gracia y Justicia, que no puede dar un paso sin llevar el relój consigo, aunque parece que está mirando el número de criminales y la clase de crímenes que hay en cada pueblo y las reincidencias y los escalamientos de las cárceles, lo que hace es mirarse al espejo y asustarse de su propia imágen. Aquellas cifras le dan á entender, y sino lo entendiera daria muestras de ser poco entendido, que los criminales saben el Código penal mejor que los magistrados, y que muchos de ellos parece que al delinquir tenian en una mano el instrumento del crímen y en la otra un ejemplar del Código.

El ministro de la Gobernacion, que tiene en el relój el estado de los hospitales y de los ma-

nicomios y otra porcion de curiosidades por el estilo, parece que no encuentra lo que busca. Saca la llave, porque para dar cuerda á la máquina de la estadística, él tiene una llave y el ministro de Hacienda otra, y adelanta y atrasa el minutero, y aun suele hacer esta operacion con la uña y nunca queda satisfecho. Sabe el número de electores y el de elegibles, pero no sabe como piensa cada uno de ellos y esto le aburre con razon. Bueno es que se diga que se respetan y hasta que se respeten si es posible, todas las opiniones; pero bueno es tambien que se sepa cuales son estas. Y no complicaria gran cosa la máquina añadir veinte ó treinta casillas, que no son muchos mas los principales bandos políticos, para que se supiese como pensaba cada ciudadano; es decir, cada ciudadano elector, porque las demás ciudadanos pueden pensar como les acomode. Con estos ajusta la cuenta el ministro de la Guerra ó el director de Artillería; al de la Gobernacion solo le interesan los otros.

El ministro de Estado es el único que no mira el relój, porque no señala las horas que él necesita. Como ministro de Negocios extranjeros tiene diferentes meridianos y el de su país no le hace falta para nada. El sol no se pone jamás en los dominios del ministerio de Estado.

Por supuesto que el relój no es todo lo perfecto que ha de ser con el tiempo, porque las

gentes han creido que aunque los relojeros que recorren sus campos no les piden mas que números, averiguados estos les han de pedir alguna cosa mas. Ven en esta cuestion, una cuestion numeradora, pero se les figura que van á dejar de ver algo de numerario. Así los pobres soldados de la estadística, que andan sufriendo los rigores de las estaciones, por medir con exactitud las tierras y recontar los árboles y averiguar el número de los animales que hay matriculados en cada aldea, son recibidos con poca amabilidad por los vecinos de los pueblos.

Pero hacen mal en obrar así y en hacer ocultaciones, para que no se sepa lo que tienen, porque la estadística lo ha de saber mas tarde ó mas temprano. Ya hemos dicho que á esta Inquisicion se le escapa menos que á la otra.

Tan cierto es que no se le escapa nada, que te has de asombrar, lector, cuando en la última parte de esta obra te digamos todo lo que se ha de averiguar por medio de ella.
